

EL CONTEXTO POLITICO DE LA MUERTE DE CRISTO

poderosos, que pueden ir diciendo al César que él es débil con los intereses del César o blando con las subversiones: Sejano, su protector, y toda la camarilla de Sejano, a la que el propio Pilato pertenece, ha caído en desgracia.

En estas circunstancias de tensión político-social y religiosa Jesús es acusado de subversión y blasfemia ante el Sanedrín, controlado por los saduceos y la clase sacerdotal, y ante Pilatos. Ya estaba condenado cuando se le llevó ante estos Tribunales y sólo se buscó que el asesinato fuese todo lo legal posible. Por parte del Sanedrín, claro está, porque Pilato no tenía opción. Sólo la de ironizar y lanzar su desprecio contra aquellos aristócratas y clérigos fanáticos judíos, escribiendo sobre la cruz de Jesús: «Rey de los judíos», o dándoles a escoger entre este Jesús y Barrabás.

Pero, a todo esto, ¿por qué Judas traicionaría a su maestro? La cuestión ha sido debatida hasta el fondo y se ha proporcionado toda clase de explicaciones, entre las que, sin embargo, priman dos: 1) Judas sería un zelota que, exasperado del desinterés político de Jesús y decepcionado por el carácter religioso de una liberación del pecado que él había creído que sería una liberación político-social, lo habría entregado a sus enemigos como se entrega a la muerte a un desviacionista de la intransigencia revolucionaria en una organización de este tipo. 2) Judas sería un judío tradicional e integrista a quien las palabras de Jesús a propósito del templo (1), unos días antes de la Pascua, debieron de parecer blasfemias, así que el amigo y discípulo, con todo el dolor de su corazón, pero en perfecta lógica integrista y fanática, entrega al Maestro a las autoridades religiosas para que castiguen tamaña blasfemia y atrevimiento. Esto explicaría que luego se suicidase: asustado de lo que se ha hecho con su Maestro y de ser él el causante de ello, pero de no haber podido dejar de serlo, sin embargo.

Estas dos explicaciones gozan hoy de preferencia, pero sobre todo la última, que permite ser apoyada de varias maneras —por ejemplo, las palabras de Jesús sobre el templo, que le fueron reprochadas en el proceso (2), habían sido declaradas por Judas o quizá constituyeron la base de su acusación cuando fue a tratar con los príncipes de los sacerdotes— y parece más lógica dentro del contexto, mientras que nunca Judas pudo hacerse ilusiones políticas sobre su Maestro, que había mostrado un tal desprecio y hasta iro-

nia por las cuestiones políticas y que cuando llegó la hora de su procesamiento, y aun sabiendo que sólo hacía que apretarse más la soga al cuello, proclamó la superioridad de Dios sobre todos los Césares y poderes de este mundo: imperdonable blasfemia.

Desde un punto de vista puramente psicológico, Wilhem Reich ha dado una interpretación de este tipo de Judas realmente extraordinaria, como, por lo demás, también ha caracterizado con igual agudeza esas vivencias, esos abandonos, esas complacencias humanas y esas circunstancias que llavan inexorablemente al asesinato de Cristo. Judas se habría dicho a sí mismo, pero como dialogando con Jesús, para justificar su traición: «Si tú eres el Hijo de Dios, ¿por qué no aplastas al enemigo que ofende mi honor nacional? ¿Por qué no haces temblar de placer mi corazón a la vista de un millar de soldados del Emperador (de Roma), cayendo bajo el golpe de tu mano armada de una espada resplandeciente? El paraíso ha sido cerrado para siempre para mí, y paso por la vida como un viajero errante, sin finalidad, sin utilidad, sin amor: la espada, el fuego y la muerte son mi único consuelo. Mi Dios es un Dios de venganza y de apaleamiento. Si eres el Hijo de Dios, ¿por qué no actúas como el Hijo de mi Dios? El amor no es de este mundo y no lo será jamás... Cristo deberá probar, y probará, que es Hijo de Dios. Se salvará a sí mismo. En el último extremo llevará a cabo el gran milagro que me dará esa fe de la que tengo gran necesidad».

Por qué murió Jesús

Jesús, pues, murió por un «quid pro quo» político-religioso, como uno más de aquellos judíos subversivos que tanto intrigaban a los romanos y a las clases acomodadas judías, pero sus discípulos mismos se dieron cuenta, en la misma atroz tarde del viernes, en que su Maestro había muerto hasta como abandonado de Dios, de que esa muerte les cuestionaba en relación con Dios y con la venida de su Reino, que Jesús había estimado próxima. Veinte siglos después, la conmemoración, ya un tanto desvaída en nuestro mundo, de la muerte de Jesús sigue cuestionándonos en el mismo profundo sentido religioso aun fuera de las Iglesias cristianas y aunque nuestra respuesta pueda ser negativa. Pero nadie podrá quedar indiferente, porque Él fue quien sustrajo al hombre al destino de los dioses y de los viejos ciclos mágicos y le otorgó su dignidad y su libertad y, mientras el hombre sea hombre, esto al menos no podrá serle indiferente: esa esperanza de cumplirse que Jesús le afirmó y le sigue afirmando.

■ J. J. L.

FEIFFER

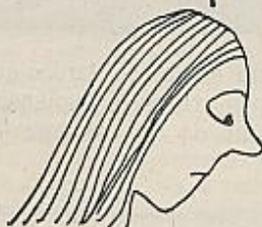
AMANECIÓ



EL CIELO TENÍA
UN COLOR
CHOCOLATE



EL MAR
ESTABA
NEGRO



EL AIRE, GRIS



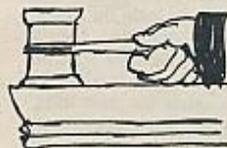
ENTRÉ EN UNA IGLESIA
Y PEDÍ EN MIS ORACIONES
POR EL FIN
DE LA TECNOLOGÍA



LA POLICÍA
IRRUMPIÓ
EN EL TEMPLO
Y ME DETUVO



SE ME ACUSA
DE CONSPIRAR
PARA
SOBREVIVIR



ORO JESUS FEIFFER 3-9

(1) «Al salir del templo, dijo uno de los discípulos: «Maestro, mira qué piedras y qué construcciones». Y Jesús le dijo: «¿Ves estas grandes construcciones? No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea destruida». (Marcos XIII, 1-2.)

(2) Marcos XIV, 58.